

Hegel actual. La paciencia de lo negativo

CONCEPCIÓN DELGADO PARRA*

¿CÓMO INICIAR EL COMENTARIO DE UNA OBRA que conmina a la interrogación infinita? Una obra que propone que para actualizar a Hegel se requiere de un diagnóstico de “lo actual”, de lo que es “presente”, del significado de nuestra época. Acceder al mundo desconcertante de Hegel exige una visión sensible capaz de esbozar sus violentos contrastes, al mismo tiempo que su unidad última. La potencia del texto de Gerardo Ávalos radica, justamente, en la interrogación que postula acerca de nuestro tiempo. Vale decir que esta interrogación no se ejerce en momentos privilegiados, sino que se instaura de manera permanente en un proceso continuo, ella misma forma parte del tiempo, lo asedia de modo hostigador que es apropiado para el tiempo. ¿Acaso –como apunta Ávalos– no vivimos en un tipo de sociedad en la que la auténtica realidad está en el universo de las ficciones, las ilusiones, las fantasías, como aquella representada en el código de barras de las mercancías? ¿No hay universalidad cuando todo mundo; sea musulmán, católico, judío, budista, confuciano, hombre, mujer, joven, viejo, homosexual, europeo, latinoamericano, estadounidense, sea lo que sea, entra en relaciones de intercambio dinerario mercantil? ¿Acaso no todos compramos y vendemos? ¿Cómo negar la universalidad del mundo burgués? ¿Cuáles son las narrativas que le dan forma a nuestra época? Todos estos cuestionamientos abiertos por Ávalos, son apenas una interrogación, una especie de huida.

* Profesora-investigadora,
Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Plantel Del Valle.

Sobre el ruido de fondo en el que se plasma el saber del curso del mundo y mediante el cual precede, acompaña y sigue en nosotros cualquier saber, proyectamos despiertos, dormidos, frases que se esconden en preguntas. Preguntas susurrantes. ¿Cuál es su valor? ¿Qué evocan? No importa el modo en que se configuren, siempre seguirán siendo preguntas. La cuestión entonces, como afirma Ávalos, no sería tanto actualizar a Hegel, sino recuperarlo para pensar nuestro presente. A fin de cuentas su apuesta es desarrollar una tentativa de pensar nuestro presente *con* Hegel. El carácter esencial de la filosofía hegeliana radica en describir la totalidad de lo que es. En consecuencia, al mismo tiempo que da cuenta de que todo lo que aparece ante nuestros ojos, esboza un pensamiento y un lenguaje que expresan –y revelan– esta aparición. Pero esto sólo se manifiesta con el afán de preguntar. Preguntar es buscar, y buscar es buscar radicalmente, ir al fondo, sondear, trabajar el fondo y, finalmente, arrancar. En el diálogo que Ávalos crea y recrea con el pensamiento de Hegel, se abren problemáticas cruciales para el mundo contemporáneo y de este modo entender las posibilidades de realización de los postulados de la razón. La lectura propuesta a lo largo del texto siempre sorprende, toda vez que descubre intersticios fuera de una interpretación tradicional. Esto sucede porque en el trayecto, la reflexión planteada se adueña de raíz del trabajo de la pregunta. El tiempo se busca cada vez que se pone a prueba en la grandeza de la pregunta. El punto de inflexión del tiempo se muestra antes de hablar, al cuestionarse por el giro del pensar.

¿Quién pregunta, entonces, es quizá el movimiento del tiempo y la época histórica quien pregunta? Para Hegel, afirmará Ávalos, el pasado no existe como tal, sino más bien como una de las dimensiones del presente. De esta manera, el presente es condensación del pasado. En primer término, podríamos afirmar que se trata de la permanente negación del pasado instaurado en el presente. En este movimiento, la historia se aloja en el presente para devenir como historia viviente. La figura que adquiere aquí y ahora, es resultado de la constitución del modo histórico. Por lo tanto, el tiempo, ese tiempo atravesado por la incesante pregunta, despeja las preguntas como un todo, convirtiéndolas en la historia, como ese todo de las preguntas. Esto es lo que hace venir Ávalos en su escritura sobre Hegel. La interrogación por la globalización para ser descifrada en clave de filosofía de la historia; el discurso de un liberalismo neoliberal, que arremete con sus intereses privados sobre el Estado, arruinando la vida en común; el discurso posmoderno que aniquila la reivindicación de la totalidad y la universalidad; la retórica de los derechos humanos y la democracia, confrontada a la reivindicación de la historicidad del ser humano,

a la superación del individualismo posesivo y la defensa de la libertad subjetiva, donde se postula una clase universal cuyo propósito es la asunción de lo universal como su interés particular; aquí, la monarquía constitucional se muestra como diseño de integración de los intereses dispares; el resurgimiento de Kant en la teoría de la justicia de Rawls, la ética del discurso de Habermas y Apel, y el republicanismo de Arendt, intentando “kantianizar” a Hegel. Todo esto sólo es una muestra de la superación hegeliana de la “mera moral” kantiana y el “giro” cultural de los *Cultural Studies*, el Poscolonialismo, los *Subaltern Studies*, el Multiculturalismo, la Interculturalidad, más el “giro” Decolonial. No obstante, todo esto no es más que una visibilización de la comprensión de la forma imperial en tanto cultura.

La pregunta que atisba en el origen siempre es una, Freud afirmaba que cuando los niños preguntan sin parar les sirve de sustituto de la que no hacen. Ésa que en realidad es la pregunta primera. Del mismo modo, Ávalos interroga así al tiempo presente y de este modo mantiene en movimiento la pasión por la pregunta, pero al final todas sus preguntas están dirigidas a una sola, la pregunta central, la pregunta más profunda. Comprende perfectamente que para conciliar la tendencia racional, las aspiraciones de autonomía radical y la unidad expresiva, es preciso realizar todavía hoy una pregunta de conjunto. Aunque no tengamos certeza de que las preguntas formen un todo, sabemos que parecen preguntar en la dirección de ese todo, cuyo sentido no está dado nunca de antemano.

Por eso, al preguntar, Gerardo Ávalos se adelanta y retrocede hacia el horizonte de toda pregunta. Cuando afirma que Hegel es un autor necesario y urgente, realiza un esfuerzo para pensar el presente desde sus categorías y conceptos al modelo de vida actualmente vigente. Particularmente, en lo que se refiere al pensamiento político hegeliano, que descansa en una lógica inscripta en el tiempo especulativo. Se trata de una lógica política que va más allá del entendimiento, una lógica que se pertrecha en el orden constitucional, de representación corporativa, más cercana a una Ilustración reacondicionada por el romanticismo y de la posibilidad de fusionar la monarquía con la república. Ávalos “mide” a Hegel, examina su temple, su consistencia, su fortaleza frente a las grandes ideas políticas que enmarcan nuestra sensibilidad y nuestra normatividad política y que encuadran en el devenir de la modernidad: el liberalismo, el socialismo y la democracia. En este proceso, nuestro autor asume que la pregunta es movimiento, que siempre la pregunta de todo es totalidad de movimiento, al mismo tiempo que movimiento de todo. En la simple estructura gramatical de la interrogación que realiza Ávalos, se muestran giros en la

apertura del habla interrogante; hay un reclamo de otra cosa; incompleta, esa voz que pregunta y afirma, irrumpe para decir que sólo constituye una pequeña parte del todo. Así pues, la pregunta sería a la inversa de todo lo dicho hasta ahora, esencialmente parcial, tendría su lugar donde el habla se vislumbra inacabada. Paradoja de la paradoja, mi propia habla me lleva a volver una vez y cada vez, al principio, pues la pregunta de todo no sería más que la afirmación de que en el todo habita su latente particularidad. Paciencia de lo negativo, esto es justo lo que visibiliza Ávalos a través de la obra de Hegel; sus postulados, afirmaciones y argumentos tienen un sentido determinado cuando se les coloca en el lugar adecuado: en la totalidad del despliegue histórico y civilizatorio de la Humanidad. En este sentido, toda pregunta está determinada, ella es ese movimiento propio por el cual lo indeterminado todavía se mantiene en reserva en la determinación de la pregunta. De ninguna manera se trata de ese razonamiento de la “tesis-antítesis-síntesis” que se le ha atribuido a Hegel, sino de la unidad grávida de la negatividad.

La inquietud de lo negativo ubica en la relación lo que constituye al ser. No hay ser que no sea, al mismo tiempo, no ser. Y, sin embargo, esta forma de decir recupera la doble negación que escapa y, a su vez, pide respuesta a la pregunta. Desde luego, hay en la pregunta una falta que busca ser llenada. Al mismo tiempo da cuenta de la imposibilidad de que algo no sea proceso y, por tanto, que algo no esté en movimiento. Y esto es lo que encuentra Ávalos de actual en el pensamiento hegeliano. Nuestro autor responderá que Hegel tiene la pretensión de sintetizar la filosofía antigua de la polis con la filosofía política moderna del contrato. Dirá que filosóficamente, Hegel desea efectuar una síntesis de la moral clásica (o sustancial y concreta) y la moral cristiano-kantiana (o interna y abstracta) de la política de Platón, fundada en la supremacía de la razón y la virtud, y las políticas de Maquiavelo, Bacon, Hobbes y Locke, fundadas en la emancipación de las pasiones y en su satisfacción. Añadirá que el resultado es una construcción racional de un orden comunitario basado en costumbres racionales (eticidad) que no niega, sino que afirma la libertad del individuo. Se trata de una propuesta de organización política de la sociedad que da forma institucionalizada a los principios de la modernidad como la libertad, la igualdad, la fraternidad y la propiedad, junto con la dinámica de acumulación de riquezas del propio capitalismo.

Es indudable que cuando nos interrogamos sobre nuestro tiempo, esta interrogación adquiere sus propias características. Siempre está referida a una interrogación apremiante, a la pregunta más profunda. Lo extraordinario es que cuando Ávalos pregunta, ya está respondiendo a la fuerza desmesurada de la

pregunta. Quizá en eso radica la experiencia de nuestra pregunta primera. Nos acusa sin que nos concierna. Por eso, cuando la pregunta llega a afirmarse manifiestamente como pregunta de conjunto, en todos los grandes movimientos dialécticos propios de nuestro tiempo, nos decepciona por su pobreza abstracta. Inmediatamente la convertimos en exigencia mutada en nuestra vida misma, en nuestra pasión, en nuestra verdad. Y todo esto para escapar del sufrimiento de ese poder abstracto e impersonal que nos atormenta y nos quita la felicidad. Cada vez que somos obligados a responder por esa abstracción el mundo retorna a nosotros para mostrarnos que somos seres escindidos y así obligarnos a reconocernos allí, en nuestra verdad de conjunto que nos pregunta.

El debate entre la pregunta de conjunto y la pregunta más profunda es, precisamente, el que pone en cuestión la dialéctica. Por ello, es que la vocación del Estado en la *Fenomenología*, dirá Ávalos, es la conciliación entre los diversos principios contradictorios que van brotando en el despliegue del espíritu hasta su autoconocimiento. “El conflicto continúa, y la función del Estado es resolverlo. La reconciliación que el Estado debe efectuar es doble. Por una parte, el Estado se funda en la reciprocidad: sus ciudadanos se reconocen unos a otros; es el terreno de ese reconocimiento recíproco al que en vano tienden el amo y el esclavo. Por otra parte, el Estado encuentra dentro de sí a la vez el momento (o elemento) de trabajo y necesidad, y el de sacrificio y guerra. Esta tensión aparece en forma de la oposición entre la ‘sociedad civil’ y el Estado, entre el ‘burgués’ y el ‘ciudadano’. El problema del Estado moderno consistiría precisamente en tolerar los dos momentos y en reconciliarlos, es decir, en aplicar la síntesis del punto de vista aristocrático y del punto de vista burgués o, en último análisis, del amo y del esclavo” (Hegel).

No obstante, apuntará Ávalos, la *Fenomenología* constituye apenas la introducción del sistema hegeliano. La lógica de Hegel es una lógica ontológica, lo cual quiere decir que lo real será el resultado de la racionalidad y no de un mundo objetivo, empírico y fáctico, previamente constituido. Lo empírico descansa en el concepto y, por tanto, será manifestación o aparición de la esencia (para sí), la cual es la múltiple relacionalidad entre los entes y el pensamiento. La lógica, entonces, deviene en un mundo natural y mundo del espíritu. Éste es subjetivo cuando se refiera al universo de los seres humanos en su momento psicológico, objetivo cuando se remita al mundo de las relaciones humanas y absoluto cuando el pensamiento se relacione consigo mismo mediante el arte, la religión y la filosofía.

Sin embargo, en este movimiento, la pregunta de conjunto, la pregunta más profunda, constituye solamente el momento en que la pregunta cree que le

corresponde elaborar una pregunta última, una última pregunta, pregunta de Dios, pregunta del ser, pregunta de la diferencia entre el ser y el ente. Pero para la dialéctica hegeliana no hay pregunta terminal. Allí donde termina, comienza. Allí donde comenzamos, sólo comenzamos verdaderamente si el comienzo está de nuevo en el término de todo; si es resultado del movimiento del todo. Es la exigencia circular. Movimiento sin fin y no obstante siempre ya acabado.

La dialéctica siempre está por tanto lista para comenzar con cualquier pregunta particular, así como es posible empezar a hablar con cualquier palabra. En esto radica la actualidad de Hegel. Hemos siempre ya empezado, y hemos siempre ya hablado. Este “siempre ya” es el sentido de cualquier comienzo que sólo es vuelta a comenzar. Por ello, cuando Ávalos se interroga sobre el Estado hoy, acerca de sus perversiones, transgresiones y límites, nos remite a una pregunta de conjunto que no deja nada fuera y nos confronta permanentemente con el todo, obligándonos a interesarnos por todo y solamente por todo, con una agotadora pasión abstracta; pregunta que se hace presente en todas las cosas. No vemos ya hombres, no hablamos ya con palabras particulares o figuras singulares, lo que nos mira fijamente es la pregunta de conjunto que nos alcanza en cada palabra, haciéndonos hablar para poner en cuestión todo lenguaje y dejándonos hablar sólo para decirlo todo y en conjunto. Así, cuando nos interrogamos sobre nuestro tiempo, tropezamos con la pregunta de todo, lo que equivale a decir que la primera pregunta, aquélla contra la que siempre nos dirigimos es *la pregunta de la dialéctica, la de su validez y sus límites, la de su negatividad*.

Cada interrogación y cada uno de los conceptos que Gerardo Ávalos pone en juego en su *Hegel actual. La paciencia de lo negativo*, es hegeliano. El temblor al que los somete, su sensible gesto para crear una nueva configuración en la que los desplaza y reinscribe, la potencia con la que atraviesa, excede y destruye el sentido de ese logos hegeliano, permite en todo momento entrar en una complicidad sin reserva a explorar hoy, la paciencia de lo negativo.

Ávalos, Gerardo (2018). *Hegel actual. La paciencia de lo negativo*. Ciudad de México: Gedisa-Universidad Metropolitana, Xochimilco.